

JASÓN

MARK KNOWLES

JASÓN

Espadas de bronce II

Traducción de Julieta Lionetti



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Jason. Blades of Bronze II*

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: abril de 2026

© Mark Knowles, 2022

This translation is published by
Editora y Distribuidora Hispanoamericana S.A.
by arrangement with Bloomsbury Publishing PLC.

© de la traducción: Julieta Lionetti, 2026

© de la presente edición: Edhasa, 2026

Diputació, 262, 2^o1^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6448-4

ISBN(OC): 978-84-350-6450-5

Impreso en Gómez Aparicio, S.L

Depósito legal: B 23000-2025

Impreso en España

*A mis padres, Christine y Geoff.
Gracias.*

Índice

Mapa	11
Argonautas destacados	13
Prólogo	15
 Primera parte	
La locura del rey Céleo	21
 Segunda parte	
Cyanida	159
 Tercera parte	
El barco en llamas	241
 Cuarta parte	
Un mar de sirenas	321
 Quinta parte	
Nostos	483
 Epílogo	563
 Los meses	567
Nota histórica y lecturas complementarias	569
Agradecimientos	573

LA RUTA DE JASÓN



Argonautas destacados

Jasón del monte Pelión, Tesalia
Acasto de Yolco
Anceo de Samos
Butes de Atenas
Calais y Zetes de Tracia
Cástor y Pólux de Esparta
Dáscilo de los mariandinos
Etálides de Ftía
Eufemo de Ténaro
Heracles de Tebas (apartado)
Hilas de Tebas (difunto)
Idas de Arene
Idmón, el vidente errante (difunto)
Linceo de Mesenia
Meleagro de Calidonia
Oileo de Yolco
Orfeo de Piería
Peleo de Ftía
Periclímeno de Pilos
Polifemo de Tesalia
Telamón de Ftía
Tífis de Tespias, timonel (difunto)
Xantías de Trecén

Prólogo

Eleusis, doce meses antes

Se estremece a pesar del calor de las llamas. El aroma del cerdo que chisporrotea en las losas frente al salón no augura sustento ni consuelo. Las sombras de las dos familias, que ríen y bailan al lado de un olivo, saltan contra el pórtico y el edificio perpendicularmente. La suya se esconde en algún sitio detrás de ella. Quizá también la haya aterrorizado la perspectiva de lo que le sucederá a su dueña entre esas paredes.

El cielo vuelve a parpadear iluminando unas nubes tormentosas que pasan rápidamente sobre la luna llena. Unos instantes después, el sordo retumbo de un trueno rueda desde el monte Pateras hacia el oeste. En apenas quince inviernos, cree haberse vuelto más sabia que la mayoría de las mujeres aqueas. Hasta hace muy poco, siempre creyó que había una fuerza más poderosa regulando el comportamiento de los hombres. El manto de esa fuerza siempre la protegió, o eso pensaba. Su ingenuidad la hería en lo más profundo.

«Que aquella que fue engendrada bajo la luz de la luna omnisapiente aprenda a engendrar».

Esto es todo lo que recuerda de la breve ceremonia. Como si fueran las pocas palabras obstinadas de una canción olvidada hace mucho tiempo, su significado aparece y desaparece en el vacío.

Mientras los juerguistas beben y se dan un festín, siente unos ojos oscuros que la miran con lascivia desde el otro lado del fuego. Incluso cuando vuelve a beber del cuenco y apura el vino, no parpadea. Ni siquiera cuando se limpia la boca con la manga de

la túnica. No lo conoce, pero lo odia de todo corazón. Experimenta una sensación que crece en lo más profundo de su ser, algo desconocido y lleno de rencor. Le provoca pánico. No puede controlarlo. Hace que le palpite la cabeza.

—Madre —susurra—. Madre, ¿por qué me abandonaste?

Se le acerca sigilosamente el gemelo y lo agarra del hombro. Sólo entonces el joven noble deja de mirarla fijamente y levanta la vista. Asiente con la cabeza antes de volver a fijar su mirada en ella. Trata de ignorarlo y acerca las rodillas al pecho. Se da cuenta de que tiene los dedos manchados de rojo a causa del zumo de la granada, que también ha manchado parte de su vestido blanco. Está cerca de ella, en la plataforma, aplastada por uno de los lados. Sabe muy bien el significado de esa fruta carnosa y tierna, y le da asco. La pateo con repugnancia para que caiga al sumidero.

Las tres hijas del rey Céleo entran a hurtadillas en el patio y se funden con las sombras junto a la pared. Descarnada es la angustia en el rostro de la amiga. Distanciada de la alegría de los invitados, no podría parecer más sola.

—Iré a verla —dice Demo.

Calídice, la mayor, la retiene con una mano amable, pero tiene el entrecejo fruncido.

—Papá dijo que no debíamos interferir.

—Y no lo hacemos —explica Sésara, la menor y más impetuosa—. La ceremonia ha terminado. ¡Por favor!

Calídice pone los ojos oscuros en blanco y las sigue. Esquivan el patio, el regocijo que tiene lugar allí y, tomadas de la mano, saltan por encima del sumidero, una después de la otra. Céleo interrumpe su conversación con el rey tebano para lanzarles una mirada feroz, pero, al sentir la vehemencia de sus ojos, las hermanas bajan la cabeza y se apresuran en dirección a los peldaños de la plataforma. Ahí, quedan parcialmente ocultas desde el patio.

Sésara llama en un susurro:

—¡Perséfone!

La joven novia alza la cabeza de entre las rodillas, apartando del rostro delicado algunos mechones sueltos. Cuando Calídi-

ce ve las lágrimas que le bañan las mejillas y los labios pálidos temblando, sus reservas se disipan.

–¡Ay, querida! ¡Ven aquí!

Extiende los brazos hacia ella y Perséfone cruza la plataforma arrastrando los pies. Calídice siente los dedos de la amiga contra la piel, el cuerpo delgado que se sacude arriba y abajo. Le escuecen los ojos. Sus hermanas están de puntillas, tratando de abrazarla y, por un instante fugaz, se funden en una. Después, también lloran.

–Se supone que la estáis apoyando –susurra Calídice, mientras pellizca a sus hermanas.

Oyen el sonido áspero de unas botas en la gravilla. Las cuatro chicas se estremecen y miran con ojos como platos.

–¡Qué bonita escena! –El príncipe Tersandro apoya una mano en la cadera, sobre el cinturón de la espada; en la otra sostiene una cálica de vino. Las mira con una mueca elegante de desprecio y le da forma a su brillante barba hasta que queda puntiaguda, mientras se inclina hacia delante para susurrar algo–. No me digas que no te pareció un poco emocionante pasar por toda esa miserable ceremonia sin que nadie de mi familia lo supiera. –Su aliento es caliente y agrio–. Pero no te preocupes, mi primer acto será liberarte. Bueno... ¡quizá no sea el primero! –Calídice hace un ruido de disgusto y él se vuelve hacia ella–. Pero es una pena. Las poseería a todas si pudiera.

–¡Chicas, marchaos!

Tersandro gira sobre sus talones y le dirige una sonrisa encantadora al rey Céleo.

–Está todo en orden, mi señor. Estaban... despidiéndose, me imagino. –Calídice se da la vuelta y le lanza una mirada mientras se aleja a grandes zancadas. Él resiste el impulso de guiñarle el ojo–. ¡Y qué intérpretes tan talentosas!

–Lo son, lo son.

Céleo mira a Tersandro con un desagrado apenas disimulado que no hace la más mínima mella en el joven príncipe.

–Mi padre me dice que, en los viejos tiempos, los reyes piosos no se detenían ante nada para garantizar la seguridad de su

gente. Nada. Sé lo que estás pensando, pero puedes considerarte afortunado. Después de todo, todavía tienes a tus hijas. Por ahora.

—Tu padre quiere hablar contigo. —Céleo inclina la cabeza hacia un lado—. Tal vez tenga más palabras de sabiduría para ti. Sin duda, tienes espacio de sobra.

El rostro de Tersandro se contrae, pero fuerza una sonrisa y hace una reverencia.

—Por supuesto.

En algún lugar detrás de él, un cuenco se hace añicos en el suelo. Se oye un bufido de risa achispada. Céleo lo ignora y mira a la chica temblorosa. Sus grandes ojos implorantes despiertan algunos restos de piedad en lo más profundo de él.

—Deberías beber algo, mi niña. Eso... ayudará.

El breve destello de esperanza en los ojos de Perséfone se desvanece y mira hacia otro lado.

Céleo se tambalea. Había ordenado a su mayordomo que no añadiera la medida habitual de agua al vino: le había parecido la mejor manera de acabar con las cosas rápidamente. ¿De verdad había bebido tanto? Deja a la chica a su suerte y baja las escaleras para hacer sus necesidades en la parte trasera de la casa. Algo en la velada lo ha inquietado. Por otra parte, la necesidad de orinar se ha vuelto más frecuente en los últimos tiempos.

Otro destello de un relámpago.

Mientras se desabrocha el cinturón, la pintura al fresco que tiene delante centellea con una luz brillante. El rostro de la diosa lo mira fijamente, lo que le hace dar un paso atrás, alarmado. Aprieta el pulgar y el índice para hacer el signo apotropaico, que aleja a los malos espíritus, y sacude la cabeza con una sonrisa irónica mientras su corazón se tranquiliza. Se inclina ante la diosa y sigue caminando para rodear el edificio a fin de terminar su faena.

* * *

Las hijas de Céleo juntan las camas. Aunque no llueve, el viento silba a través de los huecos de las contraventanas, poniéndoles los nervios de punta. Los pequeños discos de luz entre las vigas avan-

zan más hacia el interior de la habitación, mientras las llamas de las lámparas de aceite oscilan y luego se enderezan.

Un agudo grito de dolor.

Las hermanas contienen la respiración y se cogen de las manos con fuerza.

Agudo pero, afortunadamente, breve.

Aguzan tanto el oído que pueden oír el zumbido de la sangre alrededor de sus cabezas. Las paredes, todas lo saben, son gruesas.

Silencio y viento.

Exhalan poco a poco cuando cada instante que pasa no trae más sonidos de dolor.

—¿Crees que...?

—Está borracho, eso es lo que pasa —interviene Calídice, con una confianza que no siente—. La bestia se ha desmayado.

Otro largo momento pasa.

—No sembrará su semilla. No esta noche.

Calídice chasquea la lengua y le clava el codo en el costado a Sésara.

En el piso de arriba, el rey Céleo también está despierto. También ha oído el grito. Ha oído muchos ruidos de ese tipo durante el tiempo que ha presidido estos ritos, algunos de ellos incluso placenteros, pero ninguno lo ha mantenido despierto.

Siente otra oleada de inquietud, y luego un nudo de dolor sobre la ingle.

PRIMERA PARTE

La locura del rey Céleo

I

La velada siguiente a los ritos

—¡Padre! Alguien pregunta por ti. —Un rostro arrebatado, coronado por rebeldes rizos dorados, apareció en la puerta del megarón—. ¿Recibes visitas?

—¡No! —espetó el rey Céleo—. He convocado una asamblea.

La reina Metanira, que trabajaba en un telar frente al hogar, frunció el entrecejo ante su mal humor.

—¿Quién es, Triptólemo?

—Una peregrina. —El muchacho se encogió de hombros, sin perder la sonrisa—. Vieja. Esmirriada...

Metanira se apartó el pelo de la comisura de la boca con un soplido y ladeó la cabeza. El rostro de Céleo se suavizó.

—Conozco esa mirada. —Se dejó caer en la silla junto al hogar e hizo un gesto a su hijo—. Asegúrate de que el guardia le quite las armas. Y dile que se apresure.

Triptólemo sonrió con satisfacción.

—Es una mujer, papá.

—¿Las mujeres no pueden ser también peligrosas? —Céleo se permitió una sonrisa tensa—. ¡Piensa en Medusa!

El rey y la reina oyeron el golpeteo de un bastón unos instantes antes de que la silueta apareciera en la puerta. Céleo la observó y luego miró a su esposa con una expresión fulminante.

—¿Sí?

—Céleo —susurró ella.

La mujer, vestida toda de negro, se puso la mano en el corazón y, por un momento, él pensó que se desplomaría. Bajo el

pañuelo de la cabeza, pudo ver el pelo negro, atravesado por una raya gris. Las cejas eran espesas y daban severidad a sus ojos oscuros. Cuando entró, el bastón le pareció superfluo a Céleo: sólo un niño la describiría como vieja. Le hizo un gesto a Triptólemo para que se fuera, aunque sabía que se quedaría escuchando desde el pórtico con su hermano pequeño. Ambos eran inseparables.

—¿No te sientas? —Señaló un taburete acolchado junto a uno de los dos pilares que sostenían el techo del megarón—. Aquí. Más cálido.

La mujer inspeccionó el salón con ojos rápidos e inteligentes. Se detuvieron sobre la vieja jarra con estribo cretense que estaba en un nicho ubicado por encima de su hombro. Sus labios se movieron un poco, como si estuviera pronunciando las palabras pintadas sobre las bandas de color ocre.

«Para el rey. Un regalo de Dapuros de Cnosos».

Se sentó en el taburete y lo miró con atención. Podía sentir que lo evaluaba, tratando de leer su mente. Observó que sus ojos tenían una intensidad peculiar. Estaba demasiado cansado para explicar que la reliquia que tanto apreciaba era un vestigio de tiempos más prósperos y de un rey más poderoso.

—¿Agua?

—Gracias.

Mientras seguía colocando el hilo en su sitio con la espada de telar, Metanira se dio cuenta de que un silencio incómodo llenaba la habitación.

—Iré a buscar el agua, ¿vale?

Céleo levantó las manos y las dejó caer sobre los apoyabrazos con la fuerza suficiente para transmitir su impaciencia. Los hombres de Eleusis se estarían reuniendo en el mercado, esperándolo. Aun así, las leyes de la hospitalidad no podían violarse. Metanira sirvió un vaso y lo trajo junto con un cuenco de caldo y unos mendrugos de pan negro. La mujer se puso a beber como si no hubiera tomado nada en días. Mientras sorbía, Céleo miró a su esposa y se aclaró la garganta.

—Bueno, tengo asuntos que atender y debo ausentarme. La señora Metanira puede hacerte compañía...

El telar quedó en silencio. Metanira lo miró, ceñuda.

—¿Qué?

Se señaló con el dedo e hizo el gesto de caminar.

Céleo puso los ojos en blanco.

—Parece que ambos tenemos asuntos pendientes, así que... puedes terminar tu caldo.

—Hace frío fuera. Tengo los huesos ateridos.

—Sí, hace frío. —Se puso en pie de repente y sonrió a su esposa mientras se marchaba.

Metanira puso las manos en las caderas mientras lo veía irse. Oyó risitas desde el pórtico.

—Y vosotros dos podéis entrar de inmediato. —Dos rostros jóvenes aparecieron en cada poste de la puerta—. ¡Vamos! Es hora de que aprendáis algunos modales. Haced que nuestra invitada se sienta bienvenida mientras yo salgo.

—¿Adónde vas? —preguntó Triptólemo, malhumorado.

—Convoqué una asamblea. Podría ser un asunto acalorado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó su hermano menor, cuyos ojos castaños eran serios y sinceros—. Soy Demofonte. Tengo cuatro años. El año que viene tendré seis.

La dama se rio entre dientes.

—Me llamo Doso. Debes sentarte junto al fuego y contarme todo sobre ti.

Metanira asintió con satisfacción.

—¡Sed amables el uno con el otro! —dijo, mientras iba a buscar su capa. Miró hacia atrás, al umbral del megarón. Estaba a punto de llamar al guardia para que vigilara a los chicos, pero ellos estaban charlando con la desconocida como si fuera una vieja amiga.

El mes de la vendimia

A dos lunas de que acabe la estación náutica

El pequeño altar junto al Bosque de Ares nunca había sido visitado por tantos hombres en todas las eras de su existencia. Ninguno tenía en mente la adoración, sólo la venganza. Melas el Negro, el prín-

cipe favorito de la Cólquida, observó cómo los otros cinco barcos de la flotilla se detenían en la ribera arcillosa del río Fasis, a unas pocas millas río arriba del delta. Oculto bajo su capa, sus largas uñas golpeaban contra el pomo de la espada. Posó los ojos en tres hombres a los que reconoció cuando desembarcaron en un charco de luz de luna, y les hizo señas con impaciencia para que se acercaran.

El alivio que sintieron de que no los hubieran señalado por su ritmo indiferente al remo duró poco. Miró a uno y a otro sin pestañear, haciendo que se les formaran carámbanos a lo largo del espinazo.

—Cruza el bosque. Necesito saber exactamente qué hay dentro del templo. Volved aquí para informarme.

—Su alteza, se... —El trío intercambió miradas nerviosas—. Se dice que el templo está custodiado por una serpiente insomne. ¿Y acaso no hay guardias?

Melas, que les había dado la espalda, se volvió para lanzarles una mirada de irritación. Se quitó un anillo de sello dorado del dedo meñique y lo presionó en la palma de uno de los hombres.

—Aprovechad esto. Idos.

El segundo hombre tosió cortésmente.

—¿Y la serpiente?

—Rumores. —Chasqueó los dedos en dirección al capitán del barco y señaló una de las antorchas fijadas a popa—. Una para cada uno. ¡Ahora retiraos!

* * *

Los tres se conocían por el nombre. Eea era lo bastante pequeña para que la mayoría de los ciudadanos reconocieran bien cada rostro, pero no intercambiaron palabra alguna hasta que se vieron envueltos por las sombras del bosque, e incluso entonces lo hicieron en voz baja.

—¿Alguna vez ha tenido motivos para estar disgustado contigo? —preguntó el mayor.

—Nunca —respondió el de pelo rizado, barbilla puntiaguda y ojos pequeños—. Una vez me reprendió.

Miraron de reojo al joven pastor, rubio y pecoso. El mayor frunció el ceño al pasar por encima de un tronco cubierto de musgo.

—¿No eras amigo de su hermano?

—Frontis, sí. Una vez me tropecé con él cuando estábamos luchando; le pisé el pie. Me empujó al suelo, me llamó algo así como «campesino», ni siquiera se detuvo... No creo que llegara a perdonarme. Nunca lo olvidé.

El mayor se rascó la tripa.

—Lo que es seguro es que no nos eligió para una tarea de la que extraer ningún honor.

Alrededor, las criaturas se agitaban y gritaban en señal de advertencia, pero ninguna se cruzó en su camino, y luego el bosque se desvaneció. Los muros del recinto sagrado emergieron de la penumbra. Si no fuera por las antorchas moribundas, poco más que puntas flotantes de ámbar, se habrían perdido la entrada por completo.

—Al fin. Continuemos.

Después de unos pocos pasos, la luz de la antorcha rozó las formas desparramadas de los dos guardias. La máscara de toro destrozada de uno estaba boca abajo, mientras que el otro permanecía recostado contra el muro divisorio con las piernas abiertas. La ropa, la piel, la hierba... todo estaba manchado de sangre empalagosa.

—¡Dioses de la tierra!

—¿Qué ha pasado aquí?

—Una pregunta idiota. —Los tres se dieron la vuelta en estado de conmoción. Melas caminaba hacia ellos a grandes zancadas fuera del bosque—. Entrad y contadme si queréis evitar el mismo destino. —Los ojos del príncipe se posaron en el pastor un momento más que en el resto—. ¡Corred!

Vacilaron, movieron la boca, pero no emitieron ningún sonido. El golpeteo del pulgar sobre la empuñadura de la espada y la mirada oscura en los ojos de Melas les hicieron decidirse. Con reverencias titubeantes, entraron por la puerta.

* * *

Melas no tuvo que esperar mucho. Un grito espeluznante se desvaneció en la noche. Sintió más que oyó la oleada de actividad que siguió a la primera mordedura de serpiente. Palabras de consuelo vacías.

La sacudida del pánico ciego.

«¿Será suficiente con dos?».

No quería enviar más. Crearía una mala imagen que más de tres no regresaran y ninguno de los otros en su galera estaba tan obviamente mal preparado o incómodo con el asunto de luchar. Y el muchacho, el más joven del trío... Había algo en sus ojos furtivos y en sus hombros estrechos. Era un debilucho. Un redrojo.

«¿Por qué su hermano disfrutaba perdiendo el tiempo con él?».

Hubo una leve perturbación y creyó oír el sonido de pasos apresurados, pero... nada. Una ráfaga de viento y hojas, tal vez.

Los pensamientos de Melas se dirigieron a lo que les haría a los aqueos cuando finalmente pusiera las manos sobre ellos. Jasón sabría lo que era sentir dolor y miedo, dolor verdadero y miedo verdadero, muy pronto. Lo desollaría vivo, como era la costumbre en Cólquida, y se preguntó qué habría estado pensando su abuelo Eetes sobre el fiasco del arado y los toros: había sido vergonzoso. Tal vez el viejo rey estaba perdiendo su toque. Tal vez debería hacerse a un lado.

Pero entonces las crudas imágenes de los siracos caídos en los salones y corredores del palacio pasaron ante sus ojos. Retorcidos, destrozados, ensangrentados, algunos aún jadeantes. Los guerreros más temidos del Cáucaso, masacrados hasta el último hombre. Por los mismos hombres que lo habían rescatado a él y a sus hermanos de la asfixia en aquella choza sofocante y maloliente. Los piratas que le habían salvado la vida y habían matado a sus secuestradores eran los mismos perros que habían navegado hacia la Cólquida y habían avergonzado a su familia y puesto en tela de juicio su honor.

El espantoso cuadro de los miembros de la tribu siraca asesinados le revolvió el estómago, y eso le indicó que todavía era un novato en el negocio del asesinato.

Los argonautas no lo eran.

El sonido de jadeos y suaves golpes lo sacaron de sus pensamientos. Unos instantes después, el pastor salió de las puertas, con el pecho agitado y el sudor cubriéndole la frente.

—¿Y bien? —El chico no podía hablar. El terror se había apoderado de su rostro—. Vamos —murmuró—. ¿Dónde están los otros dos?

—Muertos... Están muertos... mi señor.

El príncipe fingió sorpresa.

—¿Muertos?

—Déjame a uno... exhalando su último suspiro... ¡Hay serpientes, víboras y cosas por el estilo, por todas partes!

—¡Dios mío! Así que el cuento de la serpiente insomne es... ¿Qué, un mito?

El pastor se enderezó; su respiración se calmaba. Estaba a punto de responder, pero entonces se dio cuenta de que el príncipe se estaba burlando de él. Melas vio que un tendón se le contraía en la mandíbula.

—Tú, al menos, tienes cierto talento para evitar la muerte. El templo... ¿Qué viste en el templo?

—Vi... ¡Vi el vellocino de oro, mi señor! Colgado sobre las ramas de un árbol retorcido. ¡Qué maravilla! Pero es seguro, y yo...

—El vellocino... ¿Estás seguro de que había uno?

Los ojos de Melas se endurecieron y el chico parpadeó confundido.

—Eh... Sí... ¡El vellocino! Yo... estaba allí... La gente de Eea dice que no existe, que el templo es sólo una ruina vacía. Pero ahora...

—Esto presenta un problema.

—Es... Lo siento, mi señor, estoy confundido. ¿Hay más de uno? ¿Hice algo mal?

Melas frunció los labios mientras pensaba en lo que acababa de divulgar. Lo que había, lo que en verdad había en el templo era un secreto celosamente guardado, conocido sólo por sus guardianes y el Consejo de los Seis.

—Si comparto un secreto, debes prometerme que te lo llevarás a la tumba.

–Por supuesto, mi señor.

–Hay, y ha habido, varios vellones, no sólo uno. El mito es que fuera uno solo. Los piratas aqueos se llevaron dos y dejaron uno. Es una gran preocupación, ¿verdad?

–No sé qué decir...

–Mi padre me dijo una vez que un oráculo le profetizó que él, su familia y Eea prosperarían mientras un vellón concreto permaneciera en el reino. Nos hizo jurar que mantendríamos esto en secreto. ¿Ahora entiendes la magnitud del problema?

El chico todavía estaba procesando esto cuando Melas discretamente sacó una pequeña cuchilla con mango de marfil, apenas más grande que una lanceta pero igual de afilada, y la hundió en el corazón del chico, que inhaló profundamente y lo miró con sobresalto.

–Tú cumpliste tu promesa. Yo debo cumplir la mía. Eea depende de ello.

Los ojos del muchacho seguían abiertos. La luz vital se desvanecía mientras se deslizaba hasta el suelo y exhalaba su último suspiro. El príncipe permaneció allí unos instantes más, tambaleándose en el sitio, magnetizado. Se dio cuenta de que le temblaba la mano que sostenía el cuchillo.

–Deja de mirarme así. –Giró al muchacho de costado, guardó la hoja y corrió hacia el bosque.

II

La niebla había surgido de las aguas del Fasis con el sigilo de un ladrón. Al principio había aparecido en tenues jirones, inadvertidos durante la desesperada huida de los argonautas, pero ahora los bancos envolvían el río, rodando sobre los pantanos iluminados por la luna como hordas de espectros.

En la segunda hora de la retirada de Eea, el *Argo* se deslizó a través de la niebla y se volvió casi invisible. Ya no se habían escuchado más trompetas y el silencio era pesado y expectante, perforado aquí y allá por el lejano chillido de un búho depredador.

La galera ahora se balanceaba impaciente en una ensenada de juncos y juncias. La temperatura había bajado perceptiblemente incluso en los últimos momentos. Algunos de los argonautas, los que no estaban en el grupo improvisado de la popa del barco, temblaban en las bancadas.

—Ni siquiera sabemos quién hizo ese fuego. Probablemente sólo fuera un pastor.

—¿Un pastor? ¿Haciendo qué? ¿Pastoreando sus rebaños en esas salinas? —Peleo le lanzó una mirada irritada a Butes y se movió la mandíbula magullada. El dolor que le causaba el diente que le habían arrancado en la pelea en el palacio de Eetes era muy agudo—. Será una almenara.

—Almenaras.

—¿Qué?

—Almenaras. Hay al menos dos.

Todas las miradas se volvieron hacia Linceo. Butes abrió la boca para burlarse de los comentarios del vigía, pero se lo pensó

mejor. La extraordinaria vista del hombre había quedado demostrada demasiadas veces.

—Entonces, ¿qué es lo que va a pasar, Jasón? —El tono de Peleo tenía un dejo cortante—. ¿Jasón? ¡Dioses del cielo, el cachorro está dormido!

Jasón estaba absorto en el recuerdo de una versión más joven de sí mismo, de no más de nueve inviernos. Observaba a los niños mayores mientras jugaban en un claro entre las laderas boscosas del monte Pelión. Vestía una túnica sucia y una espada de madera colgaba de un trozo de cordel enrollado sobre el hombro. Uno de los niños tiró la pelota de cuero, que aterrizó cerca de sus pies con un suave golpe. La recogió y se la ofreció al niño que se acercaba a él pisando fuerte. La expresión del rostro del crío hizo que se le desvaneciera la sonrisa mientras lo veía avanzar hacia él atropelladamente. «¡No la toques! ¿Qué estás mirando, huérfano? ¡Vete, no te queremos aquí!».

Cuando los otros chicos se acercaron, el primero le dio un fuerte empujón en el pecho, lo que le hizo tambalearse hacia atrás y tropezar con la raíz de un árbol. Se puso en pie a duras penas, sintiendo que le escocían los ojos. Cuando levantó la vista, los rasgos del muchacho se parecían a los de Idas, con su inconfundible sonrisa de chacal y sus incisivos sesgados; otro tenía una marca de nacimiento lívida en la mejilla, y supo que estaba mirando el rostro rugiente del usurpador Pelias.

—¡Jasón!

La voz aguda lo despertó de golpe y se frotó la cara, que estaba húmeda por una fina capa de niebla. Peleo y su hermano Telamón intercambiaron miradas ceñudas mientras Idas apartaba la mirada con disgusto. El momento de confusión fue breve pero desconcertante. Nunca se había sentido tan exhausto. Uncir a los monstruosos toros de la llanura de Ares y ararla bajo un sol abrasador lo había dejado exhausto hasta niveles febriles, pero la indecisión ahora, tan cerca de liberarse de los opresivos pantanos de Cólquida, sería fatal.

—Almenaras en la orilla opuesta —dijo Meleagro con paciencia—. ¿Qué propones?

—¿Una buena noche de sueño? —murmuró Idas.

Jasón ignoró al lancero y respiró profundamente. Deseó que las voces regresaran y le ofrecieran algo. Deseó que Idmón el vidente todavía estuviera vivo. La mayoría de la tripulación lo había considerado un viejo loco y, aunque Jasón sabía que no era así, lo había mantenido a distancia. ¿Tenía miedo del conocimiento del vidente? Si era así, ¿quién era el tonto?

Jasón extendió la mano hacia los dos vellocinos de oro que estaban a su lado, con la esperanza de sentir algo de su poder numinoso. Tenían un tacto granuloso y frío, como si los hubieran revolcado en arena húmeda.

—Creo que deberíamos simplemente...

Una perturbación en la proa lo interrumpió. Un encantamiento con una voz que se parecía a olas furiosas sobre las rocas.

—Es ella. —La voz provenía del centro del barco.

Jasón casi se había olvidado de Medea y ahora todos se giraron para mirarla. Se había puesto el chal sobre la cabeza y estaba de rodillas, balanceándose hacia delante y hacia atrás sobre el cuerpo postrado de su primo Frontis. Para los argonautas, aquella oración sonaba más como un reniego. Le besó la frente y se enderezó, consciente de que todos los ojos estaban sobre ella.

—Está muerto.

—Es lo que menos nos preocupa —espetó Idas. Jasón se levantó y pasó a grandes zancadas junto a él, lo que hizo que Idas sacudiera la cabeza.

—¡Éste no es el momento! —dijo, con los dientes apretados.

Meleagro miró hacia la proa, donde Jasón estaba ahora enfrascado en una conversación con Medea.

—¿Qué hará falta para que le muestres algún respeto? ¿Aunque sea un poco?

Idas sacudió la cabeza y miró hacia otro lado, receloso del príncipe de Calidón. Nadie a bordo del *Argo* había hecho más por mejorar su reputación como guerrero que él. Pólux, sentado en medio del barco hacia popa, se deslizó hasta el final de su bancada para poder mirar alrededor de la amplia proa del barco. La cortina de niebla ondeaba a la luz plateada de la luna, pero nada

la atravesaba. Otros, suponiendo que había visto algo materializándose en la noche, hicieron lo mismo. Se volvió contagioso, extendiendo una ola de inquietud arrastrada por las pasarelas. Jasón lo notó e interrumpió su conversación.

–No hay nada allí –repitió mientras regresaba a la popa, colocando una mano tranquilizadora sobre los hombros de los remeros al pasar–. Nada más que agua marrón.

–¿Y bien? –preguntó Peleo. El rostro de Jasón, notaron todos, estaba un poco más pálido.

–También vio una luz. Cree que hay un barco ahí fuera: uno de los de Eetes.

–Entonces, ¿por qué no nos lo dijo?

–Porque ya lo habíamos visto. –Jasón interrumpió a Idas, con la voz quebrada por la ira–. Por eso. No es raro que sus barcos vigilen tan lejos río abajo por la noche, pero debemos suponer que habrán oído las advertencias. Dicen que el ruido viaja muy lejos a lo largo del Fasis.

Una pausa.

–¿Y entonces qué? Di lo que piensas.

Jasón se puso de pie, reprimiendo un escalofrío.

–Tenemos que remar. Veamos qué hay ahí fuera antes de hacer algo imprudente.

Los demás se pusieron de pie, chasqueando las articulaciones mientras hacían muecas.

–Mantengamos las paladas limpias, constantes y silenciosas tanto como podamos. ¿Anceo?

El timonel hizo girar su grueso cuello y se colocó la zalea sobre los hombros mientras los remeros se acomodaban en los bancos.

–Todos a los topes delanteros. Y... tiren... y... tiren... Bájalo un poco, Meleagro.

Meleagro asintió. Que la pala entrara en el agua silenciosamente y luego balancearla hacia atrás sin romper el agua era bastante difícil en el mejor de los casos, sobre todo porque los argonautas estaban rígidos, fríos y hambrientos. Sin embargo, el *Argo* se acercó a una amplia curva del río, salpicando el agua con poco